

**Eufemismos para la matanza:
Ciudad Juárez, 2666 y la Guerra Global en Latinoamérica**

Guillermo J Fajardo Sotelo

University of Minnesota

Introducción

En este artículo nos concentraremos en la exposición teórica de la creación de la subjetividad endriaga como nuevo paradigma de empoderamiento en el contexto latinoamericano y la representación de la violencia en *2666* de Roberto Bolaño.

2666 es una obra que marca un hito en la literatura latinoamericana porque nos conecta poderosamente con un mundo global salvaje, poligonal y multiplicado. El propio esquema formal de la novela y su ambigua interconectividad logran crear un texto curiosamente evocativo de los procesos espectrales del capital y su espada, la globalización. “Es una novela que...se mantiene junta por su discordancia, locura, oposiciones y antinomias, Bolaño desorienta al lector con estos cortes rápidos, violentos entre secciones que, en la superficie, tienen poco en común entre ellas...” (Mathew 405).

2666 nos abre la puerta a una globalización siniestra en un trance acelerado de expansión económica y de espacios abisales sin bordes, tiempo y espacio abiertos sobre sí mismos en geometrías indiscernibles e inmediatas, en donde ciertas partes del mundo se convierten en hoyos negros de capital global —donde todo se concentra— mientras

que las periferias absorben a marchas forzadas los deseos de consumos y proyección internacional.

Inmersas en el torbellino globalizador, la realidad juarense—y del Estado de México, cabría agregar—se inserta en una cronología de atrocidades y crímenes de Estado que han revuelto, aún más, el oscuro caudal de la violencia en América Latina. Como dice Villalobos en una conferencia titulada “Las edades del cadáver: dictadura, guerra, desaparición (postulados para una geología general)”:

Desde el punto de vista de una historia natural de la destrucción, la relación que podemos establecer entre los crímenes y la violencia inherente a los procesos dictatoriales del Cono sur latinoamericano de los años 1970, y la serie de crímenes “recientes” en México, es de contigüidad geológica, como si aquello que los aproximase fuera una dinámica de suelos o placas que acusan recibo, con una breve anacronía, de lo que impacta en cada una de ellas respectivamente. (Villalobos 4)

Lo que Villalobos transmite en su artículo es una preocupación esencialista por los orígenes de la violencia latinoamericana que él encuentra en lo que llama una “geología” con la que es posible rastrear un origen siniestro: “la violencia neoliberal” en donde la excepción mexicana no es un hecho aislado sino fruto de esa misma violencia, “radicalizándola en la prolongación infinita de la misma excepcionalidad que hace posible al régimen soberano del capitalismo contemporáneo” (5).

El problema de la reproducción infinita de la violencia bajo formas nuevas de invasión es que la multitud de discursos, lugares y narrativas que encumbran el ideal globalizador y del capital lucen más bien como un imperialismo totalmente ideologizado y parcial. Como dice Carlo Galli: “La globalización es la occidentalización del mundo, la cual parece tener, al día de hoy, un solo punto cardinal: Occidente” (122).¹ Esto ha creado la ilusión de un progreso alcanzable en todo el orbe, cuando en realidad se trata de un ir hacia adelante que solamente ciertas naciones pueden alcanzar.

Así, la acumulación del capital en áreas del Sur Global puede verse como el nuevo obstáculo de los individuos cuyas subjetividades marginales y posibilidades económicas no les permiten entrar de lleno en los procesos de consumo globales. La mercantilización de los cuerpos, de las identidades y los sueños del crédito fácil han construido un mercado negro global. Sayak Valencia, en su revelador estudio, *Capitalismo Gore*, ha identificado lo que ella llama subjetividades endriagas:

Al carecer de representación en los discursos de la resistencia, todos aquellos sujetos marginados, y no marginados, que se ven afectados por las demandas del hiperconsumo tienen la posibilidad de devenir endriagos, ya que para los

¹ Todas las traducciones son mías.

endriagos su representatividad se basa en el poder adquisitivo y en la reconfiguración del concepto de resistencia por medio de acciones distópicas; así el endriago busca perfilarse desde una tangente que históricamente había sido confinada a lo vedado: el crimen. (99)

Recuerde el lector que el endriago es un “personaje literario, un monstruo, cruce de hombre, hidra y dragón. Se caracteriza también por una gran estatura, ligereza de movimientos y condición bestial. Es uno de los enemigos a los que se tiene que enfrentar Amadís de Gaula” (Valencia 100). Imposible no pensar en los sujetos endriagos como parte de la crisis de seguridad en México, en donde según el último reporte anual de Amnistía Internacional, han desaparecido 29,917 personas (Amnistía Internacional, 310). La subjetividad endriaga se transforma en paradigma en el contexto nacional y latinoamericano. Gracias al dominio endriago vivimos en la época de las fosas y de los cuerpos desconocidos, sin nombre. Es también la época de los torsos, las manos, las cabezas separadas del cuerpo, de los desaparecidos, del recuento fúnebre de aproximaciones macabras a la realidad.

Es la época del necro empoderamiento, es decir, de “los procesos que transforman contextos y/o situaciones de vulnerabilidad y/o subalternidad en posibilidades de acción y autopoder, pero que los reconfiguran desde prácticas distópicas y la autoafirmación perversa lograda por medio de prácticas violentas” (Valencia 31) que se extiende de Juárez a Coahuila y al Estado de México y de ahí a las zonas vertebrales de la violencia en América Latina. Es la confirmación de la geología invariable de la que habla Villalobos, en donde la interconexión de las violencias latinoamericanas genera cortes profundos de dinámicas de subjetividades en explosión, incontrolables.

La creación de subjetividades violentas se retrotrae y escapa al control del Estado debido a las nuevas dinámicas de identidad que encuentran fuera de los cauces legales estatales, las estrategias distópicas y soberanas de un nuevo control territorial que no se circunscribe únicamente al secuestro productivo de los negocios, sino al sacrificio humano de mujeres a manos de nuevas redes criminales subjetivadas por su propia explosividad.

Es la época del necroempoderamiento que mata a través del consumo de lo ilegal de estas nuevas organizaciones criminales. Es la época del establecimiento de franjas territoriales aptas para el sacrificio humano de cuerpos marginales. La fosa no es el símbolo de la impunidad y ni siquiera del olvido sino de un poder que los captura a ambos y los territorializa en lugares donde el Estado no entra. Zonas de apareamiento

criminal. No narco espacios sino zonas de *transcriminalidad* en donde todo es posible. *Criminotopías*. Es por eso que Roberto Bolaño ha marcado un hito en la literatura latinoamericana. Porque a lo largo de “La parte de los crímenes” vemos desenvolverse, en términos literarios, el espacio globalizador del crimen y de la Guerra Global pero también un no espacio en donde todo es vaciado de significado porque todo es muerte y donde la muerte es nada, apenas una frontera en donde el instante siguiente se transforma en abismo. Villalobos también ha identificado este tipo de impunidad estatal que secuestra y rebasa al Estado porque los tentáculos de la violencia se multiplican en corporaciones y agencias no estatales compuestas por subjetividades ultraviolentas que reaccionan, corroen y contienen la labor del Estado:

Dawn Paley sostiene que las guerras del narcotráfico no solo están orientadas al control de las rutas de tráfico y comercialización de drogas, ni se agotan en una complicidad tácita con el Estado, sino que exponen una complicidad mayor, más profunda, que hace imposible distinguir el aparato jurídico estatal y el emprendimiento empresarial de los narcos, pues lo que está en juego en el control territorial son los recursos minerales y petrolíferos del subsuelo, la re-apropiación territorial y la reconstitución de una forma corporativa de soberanía. (Villalobos 13)

Formas corporativas de soberanía, *criminotopías* estatales en donde ley y crimen entrelazados coadyuvan a generar un espacio que va más allá de la impunidad, ya que ésta opera como la cara opuesta de la legalidad, algo que, en el caso de Ciudad Juárez, simplemente dejó de existir. Es por eso que hablar de una *criminotopía* estatal es del todo acertado: estamos ante un *paraestado* transformado en corporación que opera en la arena pública privatizando las ganancias y convirtiendo a la ley en mera formalidad. La espectacularización de la violencia es la nueva normalidad en donde existe una tensión corporativa entre bandas necrocriminales que luchan por un territorio y por inscribir sus señas violentas en los cuerpos de las mujeres.

Desde las dictaduras latinoamericanas hasta las excepciones estatales contemporáneas, la geografía que va desde México hasta Argentina vive en un continuo tiroteo, descubrimientos de cadáveres, fosas clandestinas, dictaduras sangrientas, duelos eternos con la espada. Al hablar de las guerras contemporáneas, Rita Segato identifica lo que llamo una fragmentación bélica corporativa donde hay “bajos niveles de formalización” (Segato 344). Los nuevos conflictos armados revisten nuevas características:

No comportan ni uniformes ni insignias o estandartes, ni territorios estatalmente delimitados, ni rituales y ceremoniales que marcan la “declaración de guerra” o armisticios y capitulaciones de derrota, y aun cuando hay ceses de fuego y treguas sobreentendidas, estas últimas son siempre confusas,

provisorias e inestables, y nunca acatadas por todos los subgrupos de miembros de las corporaciones armadas enfrentadas. Estos conflictos, en la práctica, no tienen un comienzo y un final, y no ocurren dentro de límites temporales y espaciales claros. (344)

América Latina surge como excepción. La guerra es contra la mujer en donde el patriarcado utiliza su poder para reafirmarse como guardián de un estatus jerárquico. “Si el lenguaje de la femineidad es un lenguaje performativo, dramático, el de la masculinidad es un lenguaje violento de conquista y preservación activa de un valor” (Segato 38, 2003). El valor: el poder de lo masculino sobre lo femenino en donde el homicidio sexual busca reafirmar ese estatus en medio de un contexto de impunidad estatal.

Patriarcados que matan

Lo que sucedió en Ciudad Juárez—el aniquilamiento sistemático de mujeres por sujetos ultra violentos y organizados en combinación con instituciones cómplices en el peor de los casos e ineptas en el mejor—es un fenómeno que el crítico tiene que abordar desde una óptica poligonal bajo el riesgo inherente de perder especificidad para ganar en amplitud y conectividad.

Ciudad Juárez siempre ha sido un enclave: se trata de un espacio fronterizo de excepción nacional, alejado del poder federal desde siempre. Algunos han querido ver en Juárez un espacio aparte de la nación mexicana, casi como un lugar que está afuera y adentro al mismo tiempo, una zona de indistinción: “La noción de Norte, de pertenencia a una latitud extrema, casi olvidada por el Centro, y por lo tanto recia y entera por sí misma, desdeñosa de una idea de la nacionalidad adscrita por hegemonía a los poderes centrales de la Federación, ocupa un lugar básico entre los habitantes de Ciudad Juárez” (González Rodríguez 40).

Durante los años sesenta Juárez vio cambios que la transformarían para siempre, como los programas Nacional Fronterizo (1960) y de Industrialización de la Frontera (1965). La maquiladora, es decir, “fábricas de capital extranjero donde se manufacturan o montan las distintas piezas de un producto con vías a la exportación y mediante mano de obra barata” (González Rodríguez 29) no puede entenderse sin estos programas. Según Eisenhammer, la industria de la maquila tuvo un inicio lento, pero para 1980 “se había convertido en la economía dominante en la frontera” (103). La maquila invadió a toda la sociedad, asimilándolas, casi como si ambas se necesitasen

una a la otra, casi como si lo primero que nos viniera a la mente fuese esta relación simbiótica. Bolaño así lo representa:

—No—dijo el Cerdo—, he estado en un par de veces en Hermosillo, dando conferencias sobre literatura, hace tiempo, pero nunca en Santa Teresa.

—Creo que es una ciudad grande—dijo el viejo.

—Es grande, sí—dijo el Cerdo—, hay fábricas, y también problemas. No creo que sea un lugar bonito. (Bolaño, “La parte de los críticos”, 2016).

Ciudad Juárez, pues, sufrió una metamorfosis y cambios abruptos que, combinados con la creación de subjetividades endriagas, crearon un espacio asimilando el crimen y la violencia a un estándar de calidad de vida. Esto creó una población en constante movilidad a la que fue y es difícil mantener el paso. Aunado a estos programas económicos de industrialización de la frontera hay que añadir a nuestro contexto el impacto económico, en México, del Tratado de Libre Comercio (TLC).

Roberto Bolaño y “La parte de los crímenes” entran a este ensayo como una demostración invariable de los resultados del dominio endriago y su normalización. El secreto del mundo en Bolaño como puerta a un abismo de abismos y un secreto de secretos. Recuerde el lector aquella famosa frase en *2666*: “Fate recordó las palabras de Guadalupe Roncal. Nadie presta atención a estos asesinatos, pero en ellos se esconde el secreto del mundo” (Bolaño 439). El secreto es la representación de Juárez como un lugar en el que la violencia endriaga llegó sin avisar, dejando los cadáveres de las asesinadas esparcidos en el desierto y la repetición descarnada de sus nombres y la manera en cómo murieron. El secreto del mundo que se esconde en las ciudades secuestradas por el crimen y las oscuras consecuencias del nuevo orden impuesto por estas corporaciones. El secreto del mundo no contiene un solo secreto sino una multitud de ellos. Santa Teresa, en *2666*, tiene un tufo siniestro que captura su esencia y obliga al lector a querer ver qué es lo que hay detrás. Es como si existiese un olor de muerte que impregnara cada esquina, cada edificio, cada feminicidio. El homicidio sexual perpetrado contra las mujeres en Juárez y representado en *2666* responde a una doble dinámica identificada por Rita Segato y a la cual me adhiero.

La mujer económicamente independiente surge de improviso en una sociedad patriarcal cuya jerarquía comenzó a disolverse en cuanto este nuevo fenómeno comenzó a convertirse en paradigma. “El mero desplazamiento de la mujer hacia una posición no destinada a ella en la jerarquía del modelo tradicional pone en entredicho la posición del hombre en esa estructura, ya que el estatus es siempre un valor en un sistema de relaciones” (Segato 31, 2003). El patriarcado “nombre que recibe el orden de estatus en el caso del género, es, por lo tanto, una estructura de relaciones entre

posiciones jerárquicamente ordenadas” (14, 2003), no es otra cosa más que una subestructura del poder que actúa en un campo semántico determinado, el género. Patriarcado: la administración de las anatomías sancionadas desde la cultura confundiéndolas con naturaleza, como si la narrativa y el rol del patriarcado fuese únicamente el de traducir a términos culturales y legales una supuesta uniformidad universalizable en donde el hombre será siempre centro, acto y narración. En segundo lugar, entiendo el homicidio sexual también como *mandato* que responde a una comunidad innominada de *otros*. Rita Segato, al hablar del delito de violación, dice que ésta

...no es sencillamente una consecuencia de patologías individuales ni, en el otro extremo, un resultado automático de la dominación masculina ejercida por los hombres, sino un *mandato*. La idea de mandato hace referencia aquí al imperativo y a la condición necesaria para la reproducción del género como estructura de relaciones entre posiciones marcadas por un diferencial jerárquico e instancia paradigmática de todos los otros órdenes de estatus— racial, de clase, entre naciones o regiones—. (Segato 13, 2003)

Los feminicidios de Juárez responden, en parte, a esta doble dinámica en donde el desplazamiento de la mujer a un nivel diferente en la jerarquía del estatus de género provocó un deslizamiento violento del patriarcado contra el cuerpo femenino. Al mismo tiempo, esta violencia se reprodujo a velocidad sorprendente debido al mandato implícito del patriarcado de actuar en conjunto. Y es que el feminicida no actúa solo, sino en comunidad: realiza un *performance* ante otros en donde las señales violentas inscritas en los cuerpos de las mujeres responden a su carácter intersubjetivo, igual que la violación. Ambos actos le confieren a quien lo comete la certeza de ser un eslabón o un nodo más en una serie de actos multiplicados en la gramática del patriarcado, en donde el homicidio sexual o la violación dejan de ser paréntesis, excepción, para convertirse en mensaje, normalidad. Así, se crea una red de subestructuras dentro de la estructura patriarcal en donde el homicidio sexual o la violación: “puede(n) comprenderse como una forma de restaurar el estatus masculino dañado, aflorando aquí la sospecha de una afrenta y la ganancia (fácil) en un desafío a los otros hombres y a la mujer que cortó los lazos de dependencia del orden de estatus, todos ellos genéricamente entendidos” (Segato, 37, 2003).

Roberto Bolaño puede representar literariamente lo que en realidad es, frente al ojo humano, un abismo ilimitado de muerte, un sinsentido donde las razones se nos escapan, porque la literatura penetra en la realidad como un corte que la señala. En 2666 se concretan todos los procesos universalizados y abstractos auspiciados por el capital

y la globalización. Si esto es cierto, los cadáveres de las mujeres, expuestos a la intemperie, podrían servirnos como marco de referencia para tratar de desentrañar el secreto presente en la novela de Bolaño, algo que ha llevado a algunos a preguntarse, como Gabriela Muniz, qué es lo que convierte a los cadáveres de 109 mujeres en materia literaria (35). El problema es que la elección de Bolaño no es literaria o estética sino ética. La única narración disponible que a esas mujeres les queda es una descripción pormenorizada de su despojo.

En “La parte de los crímenes” todo se ha desplazado a otro lado: las mujeres asesinadas, la violencia omnipresente, la ineptitud policial, la impunidad de los asesinos. “El asesinato constituye entonces un acto de soberanía individual, la arrogación de la soberanía de mandar sobre la vida de otro—tal y como se lleva a la práctica, obviamente sin carácter oficial, en el caso de los feminicidios” (Lainck 113). No coincido, pues, con lo que dice Alice Laurel Driver: “la distribución del poder soberano en *2666* demuestra una y otra vez las maneras en que el Estado revela sus prioridades a través de la inacción. Al hacer nada, al no imponer la ley, el estado de hecho decide qué vidas tienen valor y cuáles no” (53). El Estado ha dejado de operar en su sentido más básico: el de darle seguridad a sus habitantes. En *2666*, los policías, como representantes del mismo, no deciden nada, todo les es impuesto. El soberano en *2666* se encuentra en otro lado, no tiene cara ni cuerpo sino solo muerte. El soberano solamente deja sus marcas violentas en los cuerpos y después desaparece. *Tanatosoberanía*. La muerte entra y se confunde con la vida. La ley se vive como excepción. Las palabras, en una situación así, no son suficientes para describir nada. Son instrumentos pequeñísimos en comparación con el monstruo globalizador, con el de la muerte, el del capital, el de las asesinadas. “La novela *2666* es el aborto constante de la novela policiaca tradicional por quedarse en el “más acá” de las palabras que han perdido el poder de capturar plenamente el horror que describe un referente insensible a las palabras y a la lógica pretendida por ellas” (Lainck 133).

La semántica del vocabulario usada por Bolaño, pues, tiene que reducirse a un mínimo descriptivo cuya única operatividad es apuntar con el dedo la presencia de un hecho, de un cadáver: desecho, basura, olvidable.

En octubre apareció, en el basurero del parque industrial Arsenio Farrell, la siguiente muerta. Se llamaba Marta Navales Gómez, tenía veinte años, un metro setenta de estatura, el pelo castaño y largo. Desde hacía dos días faltaba de su casa. Vestía una bata y unos leotardos que sus padres nos reconocieron como prendas suyas. Había sido violada anal y vaginalmente en numerosas ocasiones. La muerte se produjo por estrangulamiento. Lo curioso del caso es que Marta Navales Gómez trabajaba en la Aiwo, una maquiladora japonesa

instalada en el parque industrial El Progreso, y sin embargo su cuerpo había aparecido en el parque industrial Arsenio Farrell, en el basurero, a menos que el coche fuera un coche de basura (Bolaño, 2666, “La parte de los crímenes”, 2016).

Aquí Rosi Braidotti nos es de gran ayuda, pues el “nomadismo perverso” (17) del capitalismo, en donde solo la ganancia importa, genera trabajo subestandarizado, subpagado, precarizado e intercambiable, en donde la migración es necesaria y los cuerpos se vuelven desechables en función de su trabajo. Tenemos, pues, que el verdadero espíritu de Occidente es uno ultraconservador, ya que no permite pensar en otro destino más que en el flujo continuo, reticular y espectral del capital como único modo de desarrollo viable. En 2666 esta preeminencia del capital se presenta por medio de los parques industriales y los lugares de trabajo como un tema recurrente en la descripción de las asesinadas, casi como si Bolaño quisiera resaltar la relación entre trabajo y homicidio. Lugares que representan lo contrario a un hogar donde la subjetividad del que ocupa una casa resalta características precisas de su vida. Parques industriales en donde los trabajadores son objetivados como herramientas y en donde las asesinadas también son instrumentalizadas a partir de la violencia.

Y es que si el capitalismo es un sistema que resalta la productividad, la propiedad, la adquisición y el consumo como los estándares principales del éxito, entonces el trabajo precarizado deviene en tabú y el crimen deviene como nuevo ideal. Los únicos empoderados en este nuevo paradigma, por supuesto, son los endriagos, los cuales devoran y destruyen cuerpos femeninos para acentuar su poder de muerte. Los sujetos se empoderan a través del crimen, capitalizando su propia subjetividad con prácticas sexuales de exterminio. Encuentran en la violencia sexual una afirmación de su nuevo poder en donde nada está vedado, todo está permitido: surgen las criminotopías como el embrión cartográfico de su nuevo poder.

En 2666, la criminotopía opera como una indistinción entre abierto y afuera, público y privado, pues las instituciones públicas que descubren, analizan y procesan los cadáveres de las mujeres asesinadas se encuentran ante un poder invisible que las supera. Incapaces de encontrar culpables, Bolaño representa a las instituciones policiales siguiendo rumores y acaso trazando los últimos momentos de la víctima. No hay evidencia, testigos, hechos: “A las once y media de la noche se marchó, en compañía de una amiga. Ambas vivían más o menos cerca y hacer el viaje juntas resultaba mucho más grato que en solitario. Se separaron unas cinco calles antes de la

casa de María de la Luz. Allí se pierde el rastro (Bolaño, 2666, “La parte de los crímenes”, 2016).

¿Qué hay detrás de estos asesinatos? ¿En qué momento exacto se cometen? ¿Por qué nadie ve nada? Porque el imperio endriago no consiste únicamente en empoderarse a través de la muerte sino a través del silencio como contrarréplica al empoderamiento femenino. Para Sayak Valencia la violencia masculina forma parte de una “respuesta al miedo a la desvirilización” (Valencia 101) por su “incapacidad para erigirse, de modo legítimo, en su papel de macho proveedor” (101). En 2666 la violencia sexual permea a toda Santa Teresa convirtiendo al patriarcado en amo y señor del territorio.

Diana Scully, citada por Rita Segato, dice que la violencia sexual es separada del mundo de los hombres considerados normales, obscureciendo, de cierta forma, la manera en cómo opera el patriarcado, pues la violación o el homicidio sexual es visto como excepción a pesar de que se trata, únicamente, de una exacerbación del mandato del patriarcado que ordena la configuración de su estatus a partir de distintos tipos de violencia, siendo el exterminio de la mujer la solución más extrema. Es decir, una táctica del patriarcado pasa por silenciar aquellas voces que ven en el homicidio sexual un caso extraordinario cuando en realidad es el último eslabón de un poder normalizado en conjunto. Es por eso que se puede decir que el feminicida nunca opera en soledad sino enmascarado bajo las sombras de los otros en un ciclo sin final.

Conectamos este concepto del endriago con la idea que expone Rita Segato y que nos ayuda a identificar estas nuevas subjetividades:

Estas redes son internamente diversificadas e internamente estratificadas y cortan a través del territorio pre existente, y son gobernadas por sus propias *nomeklaturas*, y debido a que los rebaños se desprenden de los territorios nacionales y de los paisajes fijos que previamente les servían como referencia y los aglutinaban, la subordinación o la cohesión entre sus miembros debe ahora expresarse exclusivamente por una imagen exterior unificada, es decir, la unidad debe ser espectacularizada y depende de claves performáticas. (351)

Estas subjetividades y su desprendimiento resuenan demasiado en el contexto de Ciudad Juárez y sus individuos endriagos que reaccionan en contra de la mujer que ha transgredido los códigos tradicionales y en contra del capital que los ha orillado a la marginalidad. Las claves performáticas y su espectacularización hablan de un código necrocriminal en donde las mujeres son instrumentalizadas de las formas más violentas.

Según ésta Esperanza Gómez Saldaña había muerto estrangulada. Presentaba hematomas en el mentón y en el ojo izquierdo. Fuertes hematomas en las piernas y en las costillas. Había sido violada vaginal y analmente,

probablemente más de una vez, pues ambos conductos presentaban desgarros y escoriaciones por los que había sangrado profusamente. (Bolaño 444)

Espectacularización de la violencia, operatividad necrosoberana, pragmatismo de la muerte sobre cuerpos indefensos.

Otra forma de entender las subjetividades endriagas es echando mano de la teoría nomádica de Rosi Braidotti, en donde lo nomádico “privilegia el cambio y el movimiento sobre la estabilidad” (29) y en donde convertirse/estar siendo en algo siempre se da en función de los otros, pues el sujeto nomádico “se articula con sus otros externos en un bloque constructivo, simbiótico de convertirse” (34). La creación de subjetividades siempre será fluida y dinámica en donde el sujeto siempre está “atado a múltiples comunidades” (35) y en donde el transformarse siempre se da en “el encuentro con otros” (35). Hay pues, un transformarse nómada, transformase mujer y, también, un transformarse endriago, en donde el sujeto necroempoderado siempre actúa bajo las sombras de sus cómplices que lo animan a mandar mensajes, inscritos en la tortura y el homicidio sexual, como una forma de afirmar subjetividades. *Becoming-endriago* se convierte en paradigma: es escape funcional de lo legal, una nueva forma de representación teórica que autoafirma al sujeto en su necropoder. Y es que si, según Braidotti, la “masculinidad es antitética al proceso de convertirse y solo puede ser el sitio de deconstrucción o crítica” (36) tenemos que el *becoming-endriago* niega este proceso, pues el endriago no utiliza el proceso de *becoming-women* para transformarse sino el contrario, es decir, *becoming-men-endriago*, el cual regresa a un estado original de violencia. Si el ideal nomádico consiste en una sexualidad “más allá del género” (39) siempre en movimiento, siempre fluida, siempre cambiante, es claro que el ideal endriago niega todo esto pues se autoafirma en el *becoming-men-endriago*, anclado en un proceso necrofílico en donde la diferencia hombre/mujer es acentuada como forma de exterminio y único destino posible del endriago, que aprovecha las condiciones culturales, la impunidad estatal y las nuevas tecnologías de aniquilamiento.

Las marcas encontradas en la espalda de algunas mujeres—a veces un círculo, un triángulo, una “v” invertida—representan al sujeto endriago como productor de su propia marca violenta, expuesta o presentada en distintos escaparates comerciales, es decir, los lotes de familias económicamente poderosas. Hay indicios de que ciertos empresarios poderosos estuvieron relacionados de alguna manera con los feminicidios².

² El lector puede sacar sus propias conclusiones a partir de los libros de Sergio González Rodríguez, Diana Washington Valdéz y Teresa Rodríguez, Diana Montané y Lisa

Los cuerpos encontrados en estos terrenos son una coincidencia perversa entre violencia y capital. Lo mismo sucede, como ya lo dijimos, en 2666, pues los cuerpos de las asesinadas a veces son encontrados en parques industriales y en la descripción del cadáver el lugar de trabajo es uno de los pocos datos que poseemos. Se les despersonaliza, algo que no ocurre con el endriago, que al crear su propia marca siniestra inscrita en el cuerpo de la mujer personaliza su identidad. La violencia contra la mujer en Juárez se extendió rápidamente porque las subjetividades endriagas, multiorganizadas y ultraviolentas lograron una decisión colectiva de exterminio mediante el lenguaje endriago, el cual se refuerza en la semántica de los cuerpos mutilados y sus señas de tortura, reminiscentes atávicos de un pasado violento que se actualiza todos los días extendiendo su dominio a través de la memoria de la muerte. En 2666 Roberto Bolaño captó estos mensajes endriagos, inscritos en los cuerpos de las mujeres, cuando en distintas ocasiones presenta los cuerpos con los pezones arrancados (Marisa Hernández Silva), con ropa que no pertenecía al cadáver (Carolina Fernández Fuentes), con prendas en posiciones extrañas (Olga Paredes Pacheco), enterrados en diversas posturas (América García Cifuentes), asesinadas con especial saña (Beatriz Concepción Roldán), vestida y vuelta a vestir (Beverly Beltrán Hoyos) o puestas en ácido (Marisol Camarena). La semiótica de los necrosoberanos es presentada bajo signos visibles que marcan territorios por medio de los cuerpos que la policía, si tiene suerte, alcanza a identificar, pero no mucho más.

Subjetividades necro empoderadas del capital global

El sujeto endriago deviene impotente en un contexto globalizador, en donde las fuerzas del mercado lo oprimen, lo moldean y lo convierten en un *outcast* cuya transformación violenta se complementa con tintes sexuales cuya agresividad es normalizada a través de la cultura. El empoderamiento del sujeto endriago proviene de una serie de contextos que le permite adquirir patrones de necropoder, es decir, “la apropiación y aplicación de las tecnologías gubernamentales de la biopolítica para subyugar los cuerpos y las poblaciones que integra como elemento fundamental la sobrespecialización de la violencia y tiene como fin comerciar con el proceso de dar muerte” (Valencia 160).

Pulitzer, que encontré útiles en esta investigación, además de los documentales “Señorita extraviada”, “Juárez: the city where the woman are disposable”, y “Bajo Juárez”.

Gracias al mandato del patriarcado, la disolución del estado, la corporativización de la guerra, el botín enmarcado en el cuerpo de la mujer y la impunidad estatal que cobra vida a través del soborno o la muerte el sujeto endriago deviene en paradigma. Este sujeto nace en un contexto internacional de flujos de mercancías negras, tratados narcocriminales transnacionales que le permiten encontrar a sus pares y reforzar su identidad como perteneciente a una mafia global. Las bandas criminales ya no se contienen a un contexto nacional o local, como antes, sino que sus redes se multiplican copiando los patrones del capital y del neoliberalismo y su promesa del paso líquido de bienes a través de fronteras. Lo nuevo de este sujeto endriago necroempoderado es su capacidad de destrucción y las nuevas formas de aniquilamiento reforzadas con un nuevo armamento, nuevas técnicas de tortura muchas veces aprendidas en ejércitos latinoamericanos, la normalización de la violencia como forma de estatus y consumo. Los sujetos endriagos violentos responden a una subestructura específica del patriarcado a su vez incardinado en el corazón del Estado. Son los apéndices más perversos de procesos de empoderamiento sacrificial. No es que el Estado los reclute sino que los acepta sin demasiado problema debido a que ambos—criminales y servidores públicos—forman parte del mismo entramado masculino que desecha a las mujeres como residuos necesarios de una comunicación y un mandato entre homicidas. El homicidio sexual es para mí “un acto vampírico para ser hombre, rehacerse como hombre en detrimento del otro, a expensas de la mujer” (Segato 38, 2003). Esta connivencia entre Estado y criminalidad da origen, desde mi punto de vista, a eso que Segato llama “femigenocidio”, una nueva categoría conceptual en donde el genocidio es entendido en términos de género por sus “agresiones a mujeres con intención de letalidad” (Segato 365, 2014) y en donde los “agresores son un colectivo organizado” (365). Solamente así se entiende la explosividad del feminicidio en Ciudad Juárez y la multiplicidad de subgrupos y grupos y sombras y subsombras que operan sin patrones discernibles en un territorio vasto de anomia legal y constituciones territoriales que pertenecen a latifundistas modernos. La criminotopía se encuentra tan representada y su concreción tan absoluta que es posible desaparecer a mujeres en pleno día sin repercusiones obvias. Es por ello que no puedo dejar de insistir en la criminotopía como un nuevo espacio ordenador de sacrificios y restaurador del patriarcado.

Santa Teresa, en *2666* representa, pues, un espacio criminotópico en donde todo es posible: el asesinato serializado, la impunidad, la fermentación y crecimiento del sujeto endriago que se alimenta de una constelación de arbitrariedades que los grandes

poderes aprovechan para capturar beneficios. Estas rentas se traducen en espacios de crimen e indistinción entre vida y muerte que las corporaciones criminales secuestran para empoderarse. Los espacios estatales transformados en criminotopías generan una nueva clase de dominación: la tanatosoberanía de bandas criminales que gobiernan con mano de hierro los territorios que ocupan. *2666* asimila Santa Teresa a un espacio criminotópico envuelto en un manto tanatosoberano de cuerpos cuya descripción literaria representa la única aproximación a sus vidas.

Es en este momento cuando Carlo Galli y su concepto de Guerra Global nos es de gran utilidad. Para él, el desmoronamiento de ciertas funciones estatales sirve para caracterizar el hecho de que la paz interna estatal no pase ya por el propio Estado sino por el flujo obscuro de procesos globales cada vez más abstractos pero sutilmente conectados con lo local, una especie de laberinto económico y político en donde una viruta, un detalle económico o un aliento financiero específico tiene repercusiones inmediatas en otra parte del globo. Es aquí en donde vemos con claridad que la frontera tiempo-espacio en la era global conecta todo inmediatamente en cualquier lugar. Los nodos, a pesar de ser abstractos, adoptan metamorfosis específicas de concreción. “La globalización es la época en la que el Estado no protege ya a sus ciudadanos de turbulencias externas” (Galli 158).

Para Galli, la Guerra Global comenzó el 11 de septiembre de 2001 (154), pero para nosotros comenzó mucho antes, específicamente en 1993, cuando se encontró el primer cadáver de una mujer, en realidad una niña, de nombre Alma Mireya Chavarria Favila de cinco años, la cual fue violada y estrangulada (Washington Valdez 362) pero que pudo no haber sido la primera. Roberto Bolaño hace eco de esta posibilidad:

La primera muerta se llamaba Esperanza Gómez Saldaña y tenía trece años. Pero es probable que no fuera la primera muerta. Tal vez por comodidad, por ser la primera asesinada en el año 1993, ella encabeza la lista. Aunque seguramente en 1992 murieron otras. Otras que quedaron fuera de la lista o que jamás nadie las encontró, enterradas en fosas comunes en el desierto o esparcidas sus cenizas en medio de la noche... (Bolaño 444)

Así pues, la primera caracterización que usaremos en este ensayo para describir el espacio de Santa Teresa en *2666* tendrá que venir de la indistinción entre abierto y afuera, guerra y política, nacional y global, típico de la Guerra Global y su extensión por todo el orbe, desmoronando al Estado tradicional. “Como punto nodal para una serie de nuevos circuitos de intercambio y flujos de tráfico, Juárez es la imagen contorsionada y mutilada que expone la no-unidad fracturada de lo que solía ser el Estado-nación soberano” (Dove 144).

Patrick Dove ve una conexión entre Guerra Global y lo sucedido en Ciudad Juárez en términos de una completa indistinción en varios frentes, en el que las “viejas parejas epistemológicas de revelación y ocultación, enmascaramiento y desenmascaramiento, apariencia y verdad” (144) ya no son operativas pues todo “está abierto e interconectado” (144). Una lectura similar propone Sergio Villalobos Ruminott, para el cual un aspecto importante en la narrativa de Bolaño “es la manifestación de esta articulación global de la guerra” (200, 2009), pues para Villalobos “sus elaboraciones de la violencia, devastación humana, profanación del arte y, finalmente, guerra permanente requieren una reformulación del criticismo regional desde el punto de vista de una nueva articulación geopolítica del mundo” (199, 2009). Guerra Global como una “modalidad de la globalización” (Galli 137) en donde tiempo y espacio cercenan su manera tradicional de entenderlos, en donde hay una “guerra infinita” (Butler 28) declarada en contra del terrorismo, un “estado de emergencia ilimitado y sin final” (Galli 65). La globalización reordena tiempo y espacio y los reconfigura en rizos y geometrías helicoidales, un eterno ir hacia abajo que densifica los eventos pues los hace inmediatos al tacto y también los oscurece, pues los presenta en un aquí y ahora eterno que deslocaliza el espacio político de los estados mediante flujos constantes de capital, personas y bienes. Sin embargo, el espacio globalizador no es, ni mucho menos, homogéneo. Inmediatamente expuestos al tiempo y al espacio global, cada rincón del planeta, conectado con otro, se convierte en todos.

La globalización “transforma el planeta en un espacio sin bordes exteriores, pero no produce un interior suave y pacífico (160)”. La superficie estatal, pues, se desmorona, igual que la operatividad pragmática del Estado que ya no puede asegurar paz en su interior pues el espacio de la política va haciéndose cada vez más “escaso y esbelto, como si los deberes del gobierno decrecieran en número y en intensidad, delegados al mercado, la sociedad y a los intermediarios, en una tendencia que progresivamente demuele la idea de gran gobierno, típica del periodo de la posguerra” (107). Se colapsan las fronteras aunque sus geometrías persistan; penetran en los Estados el tiempo global de las crisis³.

El desmoronamiento de la superficie estatal representa un problema, pues las lecturas que se hagan alrededor de la función del Estado dependerán de una

³ La movilización es una característica a tomar en cuenta en este nuevo espacio globalizado donde todo cruza y donde todo es cruzado por lo demás. La globalización, pues, no conoce hogar aunque lo haya invadido todo mediante el capital. Una invasión sin armamento, la primera invasión global total cuya arma principal es una ideología: la promesa de consumo aquí y ahora.

constelación de factores externos al mismo y sus procedimientos. Por ello Patrick Dove, para tratar de desentrañar lo que está en juego en Bolaño, utiliza la noción de “mundo” presente en Heidegger.

El mundo se refiere no a una colección de objetos y seres sino a una estructura de referencia que precede lógicamente a las entidades que pueblan el mundo y las conecta, permitiéndoles ser percibidas (y actuar) como seres. Referencia, en el sentido que Heidegger utiliza el concepto, se refiere a las asignaciones prácticas específicas y relaciones a través de las cuales las entidades del mundo toman valores o sentidos específicos mientras también se unen y relacionan entre ellas como las partes interrelacionadas de una totalidad. (Dove 146)

Es el concepto de referencialidad lo que le permitirá a Dove caracterizar a Santa Teresa, pues los únicos momentos en que podemos experimentar el secreto del mundo es cuando las “redes de referencialidad son interrumpidas” (Dove 147), es decir, cuando la función estatal se desmorona y comienzan a presentarse formas criminotópicas enlazadas con la dominación de muerte o tanatosoberanía.

Son esas interrupciones las que nos permiten ver en Santa Teresa un espacio de muerte vaciado de sentido, es decir, un no-lugar. Coincidimos en lo esencial, pues, con el concepto de los “no-lugares” en Roberto Bolaño de Chiara Bolognese como “espacios vaciados de sentido, que no propician los encuentros auténticos, estimulando solo ‘choques’ entre extraños que permanecen tales incluso después del encuentro. Se trata de sitios donde la única posibilidad de vida es la supervivencia, la resistencia en la intemperie” (Bolognese 91). Precisamente Santa Teresa es uno de esos lugares. La indistinción entre vida y muerte, directa y operativa, quiebra la superficie santateresina y la envuelve en un manto necrotizado en donde se actualizan las posibilidades de la criminotopía. Esto, combinado con el desierto, “un emblema de la indefinición, de la nada, del viaje y de la búsqueda inútil” (Bolognese 95) transforman a Santa Teresa en un doble no-espacio, secuestrada en un bucle promovido desde la violencia y el necroempoderamiento. Imposible olvidar, sin embargo, que este vaciamiento de los no-lugares opera en contra del lector y de los personajes que sufren de esta violencia inaudita, no así de los asesinos, cuya gramática de la violencia les proporciona una oportunidad de destrucción coherente y ordenada. Es decir, el lenguaje endriago se cierne sobre Santa Teresa como una sombra que nos impide traspasar su velo, pues sus mensajes no son para nosotros sino acaso para esa sociedad fantasmal de sujetos necrotizados. Es gracias a este velo que Bolaño solo puede escribir como lo hace: es decir, escribiendo los nombres de las asesinadas, recogiendo sus escasos datos, apurando una explicación de lo que les sucedió. Lo que Bolognese califica como una

“posmoderna ciudad de los muertos” (100), es decir, Ciudad Juárez/Santa Teresa, no es otra cosa más que la representación de la ciudad criminotópica contemporánea. Esa “resistencia en la intemperie” (Bolognese 91) deviene en emergencia perentoria de supervivencia en Santa Teresa, en donde el dominio endriago ha reducido a sus habitantes a un mero desecho humano. El no-lugar como una manifestación en donde el único tipo de encuentro es el de la vida con la muerte y en donde esta se prolonga infinitamente.

Combinamos este concepto del no-lugar con lo que escribe Patrick Dove, es decir, que Santa Teresa/Ciudad Juárez representa una clase de interrupción. Y aquí, desde mi punto de vista, se encuentra el secreto del mundo porque los cuerpos de las mujeres no son un signo de interrogación abstracto sino que responden a procesos que se concretan en sus cuerpos. No porque Ciudad Juárez “alberga una verdad fenoménica que podría ser revelada” (149) sino porque Bolaño nos invita a ir más allá de la hermenéutica tradicional de ver en la superficie una apariencia falsa (en contraste con una profundidad cualitativa o con algún contenido verdadero) e investigarla como un “medio no transparente en que apariencia y disimulación entran en juego simultáneamente” (150). Es decir, lo que le preocupa a Dove es que el secreto del mundo se encuentre allá afuera, indistinto en la superficie del mundo para que todos lo vean para que así nadie pueda verlo. El secreto se esconde al revelarse: “¿Puede decirse que la verdad se esconde en la intemperie?” (150), se pregunta Dove. Y es que el problema no es que el secreto se refiere a una “verdad fenoménica” (150) sino a un “límite para la interpretación y la lectura” (151). Ese límite lo encuentro yo en la falta de un vocabulario para encontrar alguna clase de sentido a los cuerpos en el desierto. En *2666* la especulación de cómo, porqué, dónde o quién las pudo haber asesinado cobra una dimensión de perversión inaudita y tenebrosa. Bolaño se recarga en un narrador que se encuentra igual de perdido que los policías que investigan los asesinatos de mujeres. “El asesino o los asesinos no se molestaron en cavar ninguna tumba. Tampoco se molestaron en adentrarse demasiado en el desierto. Simplemente arrastraron el cadáver unos cuantos metros y allí lo dejaron” (Bolaño, *2666*, “La parte de los crímenes”, 2016). ¿Dice algo acerca de los asesinos estos hechos? ¿Por qué nunca se sabe si fue uno o eran muchos? ¿Por qué nunca se sabe nada o casi nada? ¿Por qué nadie dice, ve o comenta algo?

Tras ser interrogadas, ninguna de sus compañeras supo decir con quién estaba Leticia Contreras en el reservado. En el momento del crimen algunas la hacían en el lavabo. Otras dijeron que se encontraba en los sótanos, en donde había cuatro mesas de pool, juego por el que Leticia sentía debilidad y en el cual

demostraba no poco talento. Una incluso llegó a afirmar que estaba sola, ¿pero qué podía hacer una puta sola encerrada en un reservado? (Bolaño, *2666*, “La parte de los crímenes”, 2016)

El patrón se repite con cada asesinada. Los motivos se nos escapan entre las manos, nadie ve nada, nadie escucha nada, todo es especulación, rumor, susurro. La indistinción entre crimen y ley expone las similitudes con la Guerra Global en donde los contrarios dejan de serlo y se abre una interconectividad de la que no estábamos conscientes. ¿Cuál? La conexión íntima entre ilegalidad y legalidad, dominio endriago y ética, instituciones estatales y bandas criminales. *2666* es la búsqueda última de las causas del silencio en torno a las asesinadas. El secreto del mundo se encuentra en una sociedad adormilada que ha dejado de ver. Suspendidos entre los efectos perversos de la Guerra Global y el dominio endriago, la sociedad santateresina evoca a un lugar lleno de murmullos y razones clausuradas.

Por todo esto, estoy parcialmente de acuerdo con Muniz en el sentido de que “la novela se presenta como una obsesiva búsqueda de las causas de la maldad” (44) aunque sea porque toda la obra de Bolaño parece ir en ese sentido. El problema con *2666*, y aquí me refiero únicamente a “La parte de los crímenes”, es que los cuerpos de las asesinadas son la materia cualitativa y cuantitativa del secreto del mal pero también del silencio en torno a ellos. Un mal y un silencio, sin embargo, que no contiene nada, sin referencia, un mal que no nos permite ir más allá. Hago eco de lo que escribe Andrews: “Llegar a una comprensión completa del mal aflojaría la tensión narrativa que Bolaño suele mantener hasta los finales de sus relatos e incluso más allá. En *2666*, los asesinos de mujeres no son identificados” (Andrews 42).

Este límite a la comprensión del mal del que habla Andrews forma parte del proyecto escritural bolañiano de representar oblicuamente el horror, como escribe Daniuska González,

En principio, para referirse a estos acontecimientos inenarrables, Bolaño propone murmullos, sutilezas e imágenes recortadas, dimensiones inabarcables de tajos de sentidos y elucubraciones, el sentido oblicuo de la tortura. No existen aseveraciones, sólo, cual pequeños cristales dispersos, alegorías y conjeturas sobre ella. (González 19)

En *2666* esta forma de escritura opera en dos niveles. El primero, en el que apunta Andrews mencionado arriba, el segundo, el de que incluso cuando el horror es literalmente descrito por Bolaño en los cuerpos de las asesinadas hay todavía un espacio de incompreensión en ellas mismas. Bolaño, contrario a lo que hace en novelas como *Nocturno de Chile* o *Estrella Distante*, en donde describe el horror de una manera oblicua—

recuerde el lector la casa de Mariana Calleja o la exposición fotográfica de Wieder—en 2006 el horror aparece inscrito en los cuerpos, es decir, inmediatamente visible pero también completamente espectral, pues no se nos da ninguna explicación de ellos, nada que describa su dolor. Es un horror ubicuo e inmediato pero también cortado y fantasmal. Se renuncia a describir el horror, pues está ahí afuera, el problema es que es innombrable, inclasificable.

No se trata, para mí, de ver en la novela una denuncia de algo secreto y maligno ni tampoco de una búsqueda hacia algo sino de ver en los cadáveres una frontera tan oscura y densa que las palabras nunca bastarán para penetrarlos. Al interrogar sus cuerpos encontraremos las marcas agónicas de sus muertes pero jamás lograremos penetrar sus secretos porque la superficie, la piel del secreto, no es materia literaria. Estamos ante un abismo desnudo, un punto cero. Intentar ver la novela de Bolaño como un texto en torno al mal me parece que capta parcialmente su sentido interno, pues hasta el mal parece tener un propósito. Estamos ante un silencio cómplice y una maldad que escapa a cualquier determinación. Los policías que aparecen en la novela intentando atrapar a los culpables son puntos diminutos de un entramado global feroz e infinito, una Guerra Global eterna en donde cualquier hermenéutica policial que le intente dar un sentido a las asesinadas caerá en saco roto porque el mal en la parte de los crímenes aparece ante nosotros como un algo absoluto. Bolaño no está hablando del mal, sino de algo mucho peor. De un centro sin referencias, de una estructura sin componentes. Ya nos los horrores de instituciones estatales abocadas al exterminio sino del dominio endriago que va creando sus propias formas de supresión humana y que no necesita de un documento burocrático o un plan específico de destrucción sino de los asideros que la realidad permite: impunidad, machismo, pobreza, globalización. “La realidad (...) es que las mujeres en Ciudad Juárez no fueron asesinadas por un individuo sino por un sistema, un gran colectivo fallido de instituciones incluyendo la policía, el gobierno y la política de intercambio internacional” (Mathew 405). Bolaño nos enseña una realidad que va creando sus formas de exterminio frente a todos nosotros. Escondidas a plena luz del día: la importancia de la superficie, la fragilidad de la palabra, el secreto del mundo.

Es por todo esto que el espacio en Bolaño va construyéndose a través de la violencia, una amplificación literaria siniestra en donde los cuerpos funcionan como ejes narrativos para extender el espacio. Ciertos lugares en Bolaño aparecen como una tragedia constante de cuerpos que, a cuentagotas, desaparecen o son exterminados por

circunstancias ajenas a ellos. Son fantasmas, huellas de piel que recorren Santa Teresa, convirtiendo el espacio en un lugar espectral, de muerte, de contextos paupérrimos.

Los habitantes nocturnos de El Chile son escasos. Su esperanza de vida, breve. Mueren a lo sumo a los siete meses de transitar por el basurero. Sus hábitos alimenticios y su vida sexual son un misterio. Es probable que hayan olvidado comer y coger. O que la comida y el sexo para ellos ya sea otra cosa, inalcanzable, inexpresable, algo que queda fuera de la acción y la verbalización. Todos, sin excepción, están enfermos. Sacarle la ropa a un cadáver de El Chile equivale a despellejarlo. (Bolaño 466-467)

Los habitantes de El Chile como emergencias biológicas reducidas a su mínima expresión humana le dan a Santa Teresa un aire de basurero gigante, desechos humanos que solamente vagan la ciudad sin propósito. En “La parte de los crímenes”, las cosas y las personas desaparecen de Santa Teresa sin rastro alguno. Bolaño califica a Santa Teresa como un lugar—olvido en donde la materialidad del mundo se vuelve frágil y se rompe. Santa Teresa no es un espacio literariamente autonómico, no solo porque Santa Teresa y Ciudad Juárez se convierten en palíndromos narrativos en donde el lector, no importa cómo interprete ambos nombres o los lea, encontrará la misma realidad en una y en otra. Estamos hablando de dos espacios que son uno mismo y que continúan coexistiendo como *paraciudades* una de otra, diferenciables, únicamente, porque a la primera la encontramos en un mapa y a la segunda en una obra de ficción. Quizá por eso Patrick Dove escribe que: “por el momento voy a pasar sobre la distinción entre Santa Teresa y Ciudad Juárez y tratarlas como si fueran dos nombres para la misma cosa” (140).

No solo por esto Santa Teresa es un espacio no-autonómico, sino también por el hecho de que en Bolaño la ciudad va construyéndose a partir de los pedazos narrativos en los cuales se describen los lugares donde los cuerpos fueron encontrados. Así, la expansión del espacio en Bolaño viene atada al descubrimiento de los cuerpos y, por extensión, a las señas compartidas de todos ellos.

La mujer se llamaba Isabel Cansino, más conocida por Elisabeth, y se dedicaba a la prostitución. Los golpes recibidos le habían destrozado el bazo. La policía achacó el crimen a uno o varios clientes descontentos. Vivía en la colonia San Damián. Bastante más al sur de donde fue encontrada (...) También se intentó dar con el paradero del afilador de cuchillos, llamado Nicanor, según testimonios de vecinos de las colonias Ciudad Nueva y Morelos... (Bolaño 448)

Es común encontrar en la novela que, a partir del descubrimiento de un cuerpo, se detallan aspectos como la ocupación de la víctima, el lugar donde fue encontrada, quizá el lugar donde vivía, quién la encontró, la ropa que traía, el lugar en el que trabajaba, etcétera. El proyecto de escritura de Bolaño en esta parte de los crímenes gira

en torno a los cuerpos de las asesinadas las cuales crean un aspecto de cascada espacial, algunas veces con consecuencias inesperadas para el lector, como el hallazgo de Rosa López Larios la cual “tenía veintinueve años y su cuerpo se encontró detrás de una torre de Pemex en donde por las noches se juntaban algunas parejas para hacer el amor” (Bolaño 621). El contraste entre muerte e intimidad resulta sorprendente, casi extraño en un lugar abocado al homicidio. En otras ocasiones, el hallazgo de un cadáver se conecta con detalles siniestros como el hecho que las asesinadas traían objetos que no les pertenecían como tarjetas de identificación laboral (634) o ropa (489), lo que crea una interconectividad entre varias mujeres que, en un principio, nada tenían que ver una con otra. Se extiende la muerte como torrente sanguíneo, utilizando distintas venas para esparcir el líquido a través del mapa *santateresino*.

Algunos cadáveres son reclamados por las familias, como en el caso de Guadalupe Elena Blanco o Carolina Fernández Fuentes, migrantes las dos, conectando Santa Teresa con un espacio nacional en el que las mujeres, al no encontrar trabajo en sus lugares de origen, tienen que mudarse adonde sí lo hay, es decir, Santa Teresa, un sitio que reemplaza a las mujeres como si fueran engranes desechables de una máquina gigante.

De esta manera Bolaño va construyendo la ciudad de Santa Teresa, lugar de crimen pero también de dominio endriago, de subjetividades violentas que nunca serán atrapadas. Los peores casos de desaparecidas, sin embargo, son aquellas cuyos cuerpos nunca son identificados ni reclamados, abriendo toda una dimensión de nostalgia e identidad que le insta al lector ir más allá sin poder hacerlo.

El diez de diciembre unos empleados del rancho La Perdición informaron a la policía del hallazgo de una osamenta en los terrenos situados en las lindes del rancho (...) Según el informe forense se trataba de una mujer, y las causas de la muerte, debido al tiempo transcurrido, quedaron sin determinar. A unos tres metros del cuerpo se encontró un pantalón tipo malla y unos tenis. (775)

El lector no tiene que hacer un esfuerzo para imaginarse Santa Teresa: un cementerio gigante cuyo espacio se abre cada vez más conforme los cuerpos de las asesinadas van apareciendo poco a poco. Así, el cadáver construye el espacio al mostrarnos distintas zonas de la ciudad. Tenemos una narrativa construida por y a partir de la muerte. Aun cuando la narración parece girar hacia otros ejes los cadáveres y su expansión espacial ya han hecho su trabajo, pues el lector nunca se siente tranquilo a lo largo del relato. Bolaño ha conseguido, con una economía de lenguaje inaudito, un espacio de muerte, o un no-espacio, que sin señalar directamente a nadie evoca el dominio endriago y sus consecuencias perversas.

The Desert is Full of Secrets

En Ciudad Juárez la violencia pasó por un proceso de espectralización total: violencia *aestatal*, inidentificable, reticular e isotónica de subjetividades endriagas organizadas espontáneamente bajo una lógica de mercado: demanda de cuerpos pobres; oferta de violencia gratuita. La violencia en Juárez en contra de las mujeres parece venir de grupos micro celulares anónimamente colectivizados, con jerarquías difusas en el mejor de los casos, sin una fuerza opuesta que los detuviera, asimétricos, desfasados, con patrones de movimiento imperceptibles y una capacidad innata para la violencia. El único embrión palpable de la violencia en Juárez es que fue *hiper* localizada. Ese es el único asidero que tenemos, la única imagen segura de su posible conceptualización. Casi todo lo demás se nos escapa. Una guerra continua contra la mujer que van desde las micro agresiones de las autoridades hasta las más violentas formas de exterminio. Una guerra de asimetrías entre aquellos que pueden matar y aquellas que deben morir. Un *vortex* de violencia proteico que puede adquirir múltiples formas de destrucción. Ni siquiera una forma de necropolítica dirigida desde arriba por actores políticos discernibles. Esto es algo más. No es una contrautopía, un lugar que no debería existir, sino una *criminotopía*, un lugar especialmente dedicado al crimen impune cuya invitación se extiende a través de tácticas sexuales de extinción y odio total hacia la mujer.

Desde Ciudad Juárez vimos cómo el exterminio sistemático de un fenotipo específico de mujeres llevó a un ejercicio continuado de impunidad y corrupción. De ninguna manera el ciclo misógino ha terminado y más bien extiende su influencia hacia otras zonas de la República mexicana, como el Estado de México, en donde un nuevo marco de análisis será necesario para hacer frente a la violencia que Bolaño nos puso de frente y que encontramos durmiendo en nuestras sábanas. Se ha abierto otro frente de Guerra Global en el corazón de la república.

No dejemos que se transforme en laberinto.

Bibliografía.

Andrews, Chris. "Roberto Bolaño: la escritura bárbara". *Roberto Bolaño, la experiencia del abismo*, Fernando Moreno, coordinador, Ediciones Lastarria, 2011. 37-44.

"Bajo Juárez: La ciudad devorando a sus hijas". *Youtube*, dir. José Antonio Cordero y Alejandra Sánchez. Fondo Para La Producción Cinematográfica De Calidad

- (FOPROCINE), 5 de febrero de 2009. <https://www.youtube.com/watch?v=fuy0qQBx264&list=PLC589F39A41BDE209>. Revisado el 24 de noviembre de 2016.
- Barrón Cruz, Martín Gabriel. “Notas históricas de Ciudad Juárez”. *Homicidios y desapariciones de mujeres en Ciudad Juárez: análisis, críticas y perspectivas*, INACIPE, 2004. 13-83.
- Bolaño, Roberto. *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- _____. *2666*. Barcelona: Anagrama, Kindle Edition, 2016.
- Bolognese, Chiara. *Pistas de un naufragio: cartografía de Roberto Bolaño*. Alción Editora, 2010.
- Braidotti, Rosi. “Transposing Differences”. *Nomadic Theory: The Portable Rosi Braidotti*. Kindle Ed. Columbia University Press, 2011.
- Butler, Judith. *Precarious Life*. London/New York: Verso, 2006.
- Dove, Patrick. “Literature and the Secret of the World: 2666, Globalization, and Global War.” *The New Centennial Review*, vol.14, no. 3 (2014): 139-161.
- Eisenhammer, Stephen. “Bare Life in Ciudad Juárez”. *Latin American Perspectives*, vol. 41, no. 2, issue 195 (March. 2014).
- Galli, Carlo. *Political Spaces and Global War*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010.
- Gaspar de Alba, Alicia. “The Maquiladora Murders”. *Aztlán*, vol. 28, no. 2 (Fall 2003).
- González, Daniuska. “Roberto Bolaño: la escritura bárbara”. *Roberto Bolaño, la experiencia del abismo*. Fernando Moreno, coordinador. Santiago de Chile: Ediciones Lastarria, 2011. 15-23.
- González Rodríguez, Sergio. *Huesos en el Desierto*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2002.
- Informe 2016/2017, Amnistía Internacional: la situación de los derechos humanos en el mundo*. Amnistía Internacional, 2017, www.amnesty.org/es/latest/research/2017/02/amnesty-international-annual-report-201617/. Revisado 10 de octubre de 2016.
- “Juarez: The City Where the Women Are Disposable”. *Youtube*, dir. Alex Flores. Las Perlas Del Mar Films, 16 Oct. 2016. Revisado el 5 de octubre de 2016. www.youtube.com/watch?v=sJSTqEL-BVc&t=16s.
- Lainck, Arndt. *Las figuras del mal en 2666 de Roberto Bolaño*. Berlín: LIT Ibéricas 4, 2014.
- Laurel Driver, Alice. “Más o Menos Muerto: Bare Life in Roberto Bolaño’s 2666”. *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 23, no. 1 (2014): 51-64, doi: 10.1080/13569325.2013.877432.

- Mathew, Shaj. "Ciudad Juárez in Roberto Bolaño's *2666*: Mexico's Violent Cradle of Modernity". *Critique: Studies in Contemporary Fiction*, vol. 57, no. 4 (2016): 402-416. doi: 10.1080/00111619.2015.1091287.
- Muniz, Gabriela. "El discurso de la crueldad: *2666* de Roberto Bolaño". *Revista Hispánica Moderna*, volume 63, No. 1 (June 2010): 35-49.
- Rodríguez, Teresa, et al. *The Daughters of Juárez: a True Story of Serial Murder South of the Border*. Kindle Ed. Atria Books, 2008.
- Segato, Rita. "Las nuevas formas de la Guerra y el cuerpo de las mujeres". *Revista Sociedade e Estado*, vol. 29, no. 2 (Mayo-Agosto 2014): 341-371.
- _____. "Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos". Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- "Señorita Extraviada". *Youtube*, dir. Lourdes Portillo. www.youtube.com/watch?v=nE8xl_p-UiM&t=290s, 13 de mayo de 2015. Revisado el 24 de noviembre de 2016.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo Gore*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Paidós, 2016.
- Villalobos Ruminott, Sergio. "A Kind of Hell: Roberto Bolaño and The Return of World Literature". *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 18, no. 2-3 (2009): 193-205.
- _____. "Las edades del cadáver: dictadura, guerra, desaparición (Postulados para una geología general)". *Crossing Mexico: Migration & Human Rights in the Age of Criminal Politics* (Conference). University of Princeton, March 13, 2015.
- Washington Valdéz, Diana. *The Killing Fields, Harvest of Women: the Truth about Mexico's Bloody Border Legacy*. Burbank, CA: Peace at the border, 2006.